

revolución coloca la terapéutica social. Comte era —nos dice Martín Serrano— mucho más progresista y, sobre todo, mucho menos hipócrita. ■ JOAQUIN RABAGO.

## El misterio de El Palmar

Manuel Barrios y María Teresa Garrido-Conde han querido hacer en "El apasionante misterio del Palmar de Troya" (colección Panorama, Editorial Planeta) "un libro que no mueve mareas a favor ni en contra del Palmar...". Para ello aportan testimonios de todo tipo en las ciento cincuenta páginas de su informe y añaden otras cien con apéndices. Figuran, además, cerca de cien documentos gráficos. El trabajo está estructurado en diez capítulos, donde se examinan el lugar, la historia de los hechos, las personas y personajes del caso, opiniones diversas sobre el mismo, etcétera.

Sobre el fenómeno de El Palmar hay toda clase de pareceres. Sus protagonistas se consideran tan católicos como el que más. Clemente Domínguez, ordenado sacerdote y consagrado obispo por monseñor Ngô-dinh-Thuc, dice a los autores del libro: "Nosotros somos más católicos que muchos que llevan el nombre de católicos". El cardenal Bueno Monreal estima que se trata "de un caso de histeria colectiva". Y junto a sus colegas de Andalucía, dice en un documento donde se habla del primitivismo religioso de la región, que los acontecimientos "suelen responder a imágenes fatalistas sobre el Dios de las cosechas o de la suerte, de la muerte o de las desgracias, del castigo o del privilegio (...), produce sentimientos infantiles o serviles sobre la omnipotencia providente que todo lo ha hecho..., la afición a apariciones y curaciones prodigiosas..., revela también una de las más vergonzosas explotaciones de la credulidad popular...". Esta larga cita, que recogemos del libro, responde (a nuestro modesto parecer de estudioso del tema andaluz) a la verdad. Como también es verdad que la propia Iglesia no es ajena a que en la sufrida región ese "primitivismo religioso" se mantuviera y fomentara en materia religiosa hasta no hace mucho. La histeria colectiva en materia religiosa, el Dios de las cosechas, la explotación de la credulidad popular, etcétera, no fueron precisamente introducidos allí por monjes budistas o por hechiceros africanos. Y en

este sentido, El Palmar es como un espejo de Blancanieves que devuelve ahora a los obispos imágenes de cuando eran párrocos, veinticinco o treinta años atrás.

Esta historia, que empezó el 30 de marzo de 1968, no ha terminado. Entonces cuatro niñas del poblado de La Alcaparrosa, término de Utrera (Sevilla), dijeron que habían visto a la Virgen del Carmen. Ese día comienza el libro. Acaba en la noche del 16 de julio de 1976, con la peregrinación internacional a El Palmar. El tema del libro no concluye; es, por el contrario, "una historia con puntos suspensivos, imprevisibles...". ■ V. M. R.

## Feria del Libro en Sevilla: dos mejor que una

Sevilla todo lo digiere. Hasta que haya dos Ferias del Libro, la "oficial" en la plaza Nueva y la "paralela" en los escaparates, las tertulias y la actitud de veinte librerías de la ciudad. Es la

teoría binomia de las "fiestas primaverales" y de lo dionisiaco y lo apolíneo en las manifestaciones de la ciudad: el Sevilla y el Betis, Joselito y Belmonte, la Semana Santa y la Feria, la Macarena y la Esperanza de Triana..., o la oficial y la paralela. Y esto le parece bien hasta los señores directivos generales que vienen a inaugurar el mercadillo del INLE junto al caballo de San Fernando. El señor Cruz Hernández, director general de Cultura Popular, vino a decir: "No una o dos Ferias del Libro, sino veinte serían bien venidas si sirven para difundir seriamente la cultura. Pues no es correcto que estas manifestaciones sean 'paralelas', sino que deberían ser 'convergentes'".

Teorías geométricas del señor Cruz aparte, la verdad es que no se le ve la punta a la unidad. Unir en Sevilla a la paralela y a la oficial es más difícil que unir al PSOE de Felipe y al PSA de Alejandro. Porque no parece que cambien a corto (plazo, que se dice) los supuestos del INLE que hacen a los "paralelos" no acudir a la plaza Nueva, motivos que resumen así: "El INLE, lejos

de preocuparse por el hecho librero y cultural del país, potenciando la propagación popular del libro y de la cultura, en el curso 76-77 ha pasado a la pasividad casi total. Lejos de atender a la problemática económica y política del libro, de nuevo este año hace gravosa a los libreros su participación en la Feria del Libro, aumentando de 9.000 pesetas a 15.000 la cuota. Por estas razones, seguimos manteniéndonos al margen de la Feria que el INLE promueve en la plaza Nueva".

Un año más, pues, la Feria de la plaza Nueva ha sido tomada por las editoriales, por los "placistas" —señores que venden libros a plazos— y por los papeletos de los barrios, a los que el INLE adjudica una caseta, y Planeta, Bruguera y Plaza & Janés se la llenan de libros en depósito, de desfiles de la Victoria y de conversaciones secretas con Franco. De aquí, que salvo los esfuerzos de publicaciones de la Universidad por animar el interés hacia los libros sevillanos (ha sacado una preciosa reedición de "La ciudad", de Chaves Nogales), el mercadillo de la plaza Nueva haya sido de una monotonía insoportable. Pero el caso es que la "paralela" tampoco ha ido demasiado bien. Unos dicen que pedir que la "paralela" vaya bien es solicitar peras al olmo; otros, que la "paralela" es sólo un cartel y unos escaparates, una actitud y no una feria. Sea como fuere, lo cierto es que este año las actividades de la "paralela" han estado reducidas a algunas interesantes tertulias sobre el libro y los partidos.

Cómo acabe todo esto, el año que viene se verá. Se verá si sigue la "feria en librerías" y la "feria en la plaza Nueva", o si se unen y convergen en la teoría de Cruz Hernández. La verdad es que a todo el tinglado preelectoral, la Feria de la plaza Nueva ha salido por peteneras. Ni siquiera vendían los libros de Avance y de La Gaya Ciencia. Porque los placistas siguen empeñados en vendernos la "Enciclopedia Larousse" y la "Historia ilustrada de la guerra civil". Hasta que no vendan a plazos la historia ilustrada (veinte tomos) de la irresistible ascensión de Adolfo Suárez al señor Cruz Hernández y a la democracia a la española, les seguirá dando igual que haya ocho que ochenta Ferias del Libro en Sevilla. Claro que entonces el Instituto Nacional del Libro Español se habrá quitado lo de nacional, que apeseta a fascio, y se llamará Instituto Democrático del Libro Español.



Arriba, feria oficial del Libro en la plaza Nueva de Sevilla; debajo, feria paralela "en la calle".

Y puede que entonces sean los profesionales del libro los que se guisen y se coman cómo montar la Feria de la plaza Nueva sin que el INLE se lleve el manso. Que esto, y no otra cosa, es lo que vienen pidiendo "los paralelos". Predicando en el cernudino desierto que llora mientras canta. ■ ANTONIO BURGOS.

## CANCION

### Carlos Cano, buscando a Andalucía

Banderas verdiblanas, gritos de "Andalucía libre" (o "libertaria", o "socialista", según los gustos), recibieron la presencia en un teatro de Madrid —prácticamente por primera vez en este medio— de Carlos Cano. Es uno de los máximos y mejores representantes de la canción popular andaluza de este momento, una canción que se expresa por moldes distintos a los del "hondo", pero que, como éste, enclava sus raíces en lo más profundo del sentir de una colectividad, al tiempo que hace frente a los problemas actuales con otras distintas perspectivas expresivas. Y si bien es cierto que las influencias del canto gitano no pueden —ni deben— olvidarse, no es menos claro que aquí se encara ya el proceso de creación de una nueva comunicación musical que recoge asimismo experiencias de la canción urbana y de otras procedentes incluso fuera del país específico.

Carlos Cano asimila bien todas estas enseñanzas, y accede a un tipo de arte muy peculiar y altamente promotor por las posibilidades de desarrollo a fondo. Aquí hay un trabajo por hacer, pues se trata de rescatar todos los elementos valiosos que la cultura popular ha venido creando, apropiándose o incluso padeciendo por necesidad, ante la avalancha masiva del bombardeo de los medios de alienación en los cuarenta años. Pero el pueblo es sablo o, simplemente, también tiene su corazoncito, y de esa forma ha transformado en vivencias personales, irrepetibles pero de alguna forma colectivas, todo lo que ha podido salvar de toda una manipulación. A la recuperación de las



Carlos Cano.

partículas aún incontaminadas, o al aprovechamiento de aquellas otras semiperdidas —mediante un proceso de transformación tanto más hábil cuanto más radical y profundo— se entregan hoy hombres jóvenes como Carlos Cano. Saben que, en cualquier caso, el pueblo no es culpable de la pérdida impuesta de su personalidad, y que la gente que compone ese colectivo está esperando, simplemente, tener ocasión de recuperarla.

En el repertorio del cantante granafino —procedente del adelantado, para su época, "Manifiesto de canción del Sur"— se combinan notablemente temas de variada condición y estilo que configuran, no obstante, una ya muy clara definición artística: la denuncia de "La especulación"; el grito de "A la calle"; la identificación nacional de "Verde, blanca y verde"; el descubrimiento de una raíz en "La hoguera"; el cachondeo frente a los "Clementes" de El Palmar de Troya; en fin, la "Canción de amor a la libertad" y la reivindicación de un sano costumbrismo de fiesta y alegría en "Ellos nos llaman la morralla" o "La murga de los correlantes". Gravedad e ironía se combinan así en el repertorio de un cantante que se plantea, además, de forma rigurosa y seria la investigación a todos los niveles de un pasado que tanto nos tiene que enseñar no sólo a nivel de repetición de

vicisitudes políticas o sociales, sino también de sonoridades, sentimientos e idiosincrasias. En este sentido, la "Historia de Andalucía" que Cano prepara pausadamente, si bien algo pretenciosa en su planteamiento, puede constituirse en ejemplar trabajo de profundización en una realidad y en modelo de labor musical para la tan perseguida y aireada recuperación de las "señas de identidad". ■ ALVARO FEITO.

## MUSICA

### Ejercicios espirituales

Usted ya sabe quiénes son. Les ha escuchado cómo, convenientemente disfrazados o corporeizados en figurantes más decorativos, daban color local a películas como "La noche deseada". Y si no eran éstos, serían otros más o menos por el estilo; quizá éstos sean un poco mejores. Se llaman The Los Angeles Jubilee Singers: acaban de actuar en el teatro Real, de Madrid, y su repertorio se compone principalmente de canciones "gospel" y espirituales, así que

también le sonará a usted; realmente, tampoco es tan variado.

Tratándose de "gospel" y espirituales, nunca se puede evitar que surja alguien hablando de religiosidad primitiva y cánticos ancestrales; que le saquen a uno a relucir toda una folklórica retahíla de esclavos danzarines, predicadores iluminados, fieros capataces y Escarlatas O'Hara. Y puede que esto viniera a cuento en un principio, pero lo cierto es que ya hay muy poco de eso: nada alejado estaría de la verdad quien dijera que en ninguna exhibición pública hay mayor dosis de manierismo que en espectáculos del estilo del que comento; el género se ha convertido del todo en un juego sofisticado, a ver quién hace el más difícil todavía en cuestión de armonías rebuscadas y alambicados contrapuntos.

Esta notoria estilización del gospel viene siendo acogida con indignada suficiencia por todos aquellos con vocación de crítico engagé que, despistados, acuden a este tipo —y a todo tipo— de espectáculo en demanda de "autenticidad". Y nadie mejor para renovar la indignación de estos catadores de pena ajena que The Los Angeles Jubilee Singers: tienen todos unas facultades portentosas que someten, con una técnica depuradísima, a los más endiablados ejercicios vocales, bajo la pulcra dirección de Albert McNeil. No dejan a la improvisación ni la mera presencia en escena, pasando desde el hie-ratismo más estudiado hasta el más estudiado patetismo, a través de toda una gama de expresiones entre las que no puede faltar la ritual invitación al público para que participe, aplaudiendo más o menos al ritmo. También se lucen en unos calypsos de lo más estereotipado, y hasta hacen un medley de "Foxy and Bess", ópera gershwiniana que ha cimentado su fama en la repulsa de quienes la acusan de dar una visión irreal y folklorizante de las comunidades negras. Máxima herejía, en algunos momentos los dos miembros más espiritados del grupo aventuran unos discretos pasos de ballet. Demasiado. Quien va a la búsqueda de autenticidad ya tendrá a punto la frase hecha: "Tíos Tom". Con lo cual no dice nada del grupo y sí demuestra que lo que años atrás pudo ser concreción acertada de una actitud crítica hoy es lugar común al alcance de cualquier ingenuo.

Un ingenuo que, queriendo escapar de una forma de racismo, cae en otra por lo menos igual: la de no tolerar a los pertenecientes